

# EL VELO PINTADO

W. Somerset Maugham



Kitty Garstin, joven y bella londinense, cumple veinticinco años sin haber alcanzado el objetivo para el que fue educada por su madre: hacer una buena boda. Por temor a que su hermana menor se case antes que ella, contrae matrimonio con un bacteriólogo inteligente, educado y moralmente intachable, que la adora pero de quien no está enamorada. Después de la boda, se trasladan a Hong Kong, donde Kitty se enamora de Charlie Townsend, un inglés apuesto y frívolo de la colonia asiática, con quien será infiel a su marido. Descubiertas sus relaciones adúlteras, y traicionada por Charlie, se verá obligada a seguir a su marido a una zona del interior de China afectada por el cólera. Kitty, incapaz de obtener el perdón de su marido, se entrega a labores humanitarias. El contacto con la muerte y la dura realidad la convierte en una persona nueva.

## Capítulo 1

Ella soltó un grito de temor.

—¿Qué ocurre? —preguntó él. A pesar de la oscuridad que reinaba en la habitación, cuyas contraventanas estaban cerradas, alcanzaba a distinguir su expresión de susto.

—Alguien ha intentado abrir la puerta.

—Bueno, debe de haber sido el ama, o alguno de los criados.

—Nunca vienen a estas horas. Saben que después del almuerzo siempre dormimos la siesta.

—¿Quién iba a ser, si no?

—Walter —susurró ella con labios trémulos.

Señaló sus zapatos, y él intentó ponérselos, pero su nerviosismo —la inquietud de ella empezaba a afectarlo— lo entorpecía, y además le venían más bien estrechos. Con un leve bufido de impaciencia, ella le alargó un calzador, se cubrió con un kimono y, descalza, se acercó al tocador. Cogió un peine y, antes de que él se atara el cordón del segundo zapato, se atusó el desordenado cabello cortado a lo *garçon*. A continuación le tendió la chaqueta.

—¿Cómo voy a salir ahora? —preguntó él.

—Más vale que esperes un poco. Me asomaré para ver si todo está despejado.

—Es imposible que sea Walter. No sale del laboratorio hasta las cinco.

—¿Quién, entonces?

Hablaban en voz muy baja. Ella temblaba, y la idea de que sería incapaz de conservar la calma en una emergencia lo exasperó. Si no estaban a salvo, ¿por qué diablos le había dicho lo contrario? Ella contuvo la respiración y lo agarró del brazo. Él siguió la dirección de su mirada de tal modo que ambos quedaron de cara a las ventanas que daban a la galería. El pestillo de las contraventanas estaba echado. Vieron girar lentamente el pomo de porcelana blanca. No habían oído pasos en la galería, y aquel movimiento silencioso los dejó petrificados. Transcurrió un minuto sin que sonara el menor ruido. Entonces, con el espanto que provoca lo sobrenatural, advirtieron que el pomo de porcelana blanca de la otra ventana giraba también, con el mismo sigilo, mudo y aterrador. Tan escalofriante era aquella visión que Kitty, a punto de perder los nervios, abrió la boca para gritar; sin embargo él se apresuró a tapársela con la mano, y el chillido quedó ahogado entre sus dedos.

El silencio era absoluto. Ella se apoyó en él, con las rodillas temblorosas, y él temió que fuera a desmayarse. Con el entrecejo fruncido y la mandíbula tensa la llevó hasta la cama y la ayudó a sentarse en el borde. Estaba tan blanca como la sábana e incluso él, a pesar del bronceado, tenía pálidas las mejillas. Permaneció junto a ella contemplando fascinado el pomo de porcelana. No pronunciaron una sola palabra, y entonces él reparó en que ella se había echado a llorar.

—Por el amor de Dios, no te pongas así —susurró irritado—. Si estamos en un lío, estamos en un lío. Tendremos que plantar cara a la situación.

Ella se puso a buscar el pañuelo, y él, al adivinar lo que quería, le acercó el bolso.

—¿Dónde tienes el salacot?

—Lo he dejado en la planta baja.

—¡Ay, Dios mío!

—Tranquilízate, mujer. Las probabilidades de que no fuera Walter son de cien contra una. ¿Por qué demonios iba a regresar a estas horas? Nunca vuelve a casa en pleno día, ¿verdad?

—Nunca.

—Apuesto cualquier cosa a que ha sido el ama.

Ella esbozó una sonrisa. La voz de él, cadenciosa y acariciadora, la reconfortó.

—Mira, no podemos quedarnos aquí eternamente —dijo él tras concederle unos momentos para que se recobrará, al tiempo que la tomaba de la mano y le daba un suave apretón con ternura—. ¿Te ves con ánimos para salir a la galería y echar un vistazo?

—No creo que sea capaz de soportarlo.

—¿Tienes un poco de brandy a mano?

Ella negó con la cabeza, ceñuda. Él comenzaba a impacientarse, no sabía muy bien qué hacer. De pronto, ella le apretó la mano con más fuerza.

—¿Y si está ahí, esperando?

Él se forzó a sonreír y a mantener el tono amable y persuasivo de cuyo efecto tan consciente era.

—Eso no es muy probable. Vamos, Kitty, ten un poco de entereza. ¿Cómo iba a ser tu marido? Si al llegar hubiera visto en el vestíbulo el salacot de un desconocido y al subir se hubiese encontrado con tu habitación cerrada, sin duda habría armado un buen escándalo. Tiene que haber sido uno de los criados. Sólo un chino haría girar el pomo de esa manera.

Ella se había sobrepuesto un poco al sobresalto.

—Pues no resulta precisamente agradable, aun cuando sólo haya sido el ama.

—Siempre cabe la posibilidad de hacerla entrar en vereda. Si es necesario, le meteré el miedo en el cuerpo. Ser funcionario del gobierno no tiene muchas ventajas, pero más vale sacarle todo el partido posible.

Debía de estar en lo cierto. Kitty se puso en pie y se volvió con los brazos abiertos hacia él, que la estrechó contra su pecho y la besó en los labios. Era tal el arrobamiento que la embargó, que resultaba doloroso; sencillamente lo adoraba. Él la soltó y ella se fue hacia la ventana, descorrió el pestillo y, tras entreabrir la contraventana, miró al exterior. No había ni un alma. Salió un momento a la galería y echó una ojeada al vestidor de su marido y luego a su propia salita. Ambos estaban desiertos, de modo que regresó al dormitorio y le hizo una seña a él.

—No hay nadie.

—Sospecho que todo ha sido una ilusión óptica.

—No te burles —protestó ella—. Estaba aterrada. Ve a mi salita y espera. Voy a ponerme las medias y unos zapatos.

## Capítulo 2

Él obedeció y, cinco minutos después, ella salió del dormitorio y lo encontró fumando un cigarrillo.

—Por cierto, ¿podría tomar un brandy con soda?

—Ahora te lo pido.

—Creo que a ti tampoco te vendría mal uno, por lo que parece.

Aguardaron en silencio al criado, y cuando éste acudió ella le dio la orden.

—Telefonea al laboratorio y pregunta si está Walter —sugirió a continuación—. No reconocerán tu voz.

Él levantó el auricular y solicitó el número, preguntó por el doctor Fane y luego colgó.

—No ha regresado al despacho después del almuerzo —le informó a ella—. Pregúntale al criado si ha estado aquí.

—No me atrevo. Si ha estado y yo no lo he visto despertaría sospechas.

El criado se presentó con las bebidas, y Townsend se sirvió. Cuando le ofreció la copa, ella negó con la cabeza.

—¿Qué hacemos si resulta que era Walter? —preguntó.

—Quizá le dé igual.

—¿A Walter? —El tono de ella denotaba incredulidad.

—Siempre me ha parecido más bien retraído —dijo él—. Ciertos hombres no soportan las escenas, ¿sabes? Tiene el suficiente sentido común para saber que no se gana nada armando un escándalo. No creo que fuese Walter, pero, aunque lo fuera, tengo la impresión de que no movería un dedo. Creo que actuaría como si nada hubiese ocurrido.

Ella reflexionó por un instante.

—Está enamorado de mí —dijo al fin.

—Pues mejor que mejor. Ya te las arreglarás para engatusarlo. —Le dedicó una de esas encantadoras sonrisas suyas que ella siempre encontraba irresistibles. Era una sonrisa lenta que empezaba en sus ojos de color azul cielo y se extendía poco a poco hasta unos labios muy bien proporcionados que dejaban al descubierto sus dientes blancos, pequeños y parejos. Sí, se trataba de una sonrisa de lo más sensual, y bastaba para que a Kitty se le derritiera el corazón.

—La verdad es que no me importa mucho —comentó ella en un momento fugaz de alegría—. Ha merecido la pena.

—Ha sido culpa mía.

—¿Por qué has venido? Me he quedado pasmada al verte.

—No he podido resistirme.

—Querido mío... —susurró Kitty. Se inclinó un poco hacia él, con los oscuros y brillantes ojos apasionadamente fijos en los suyos y la boca entreabierta de deseo. Cuando él la atrajo hacia sí, ella se abandonó entre sus brazos con un suspiro de embeleso.

—Ya sabes que siempre puedes contar conmigo —aseguró él.

—Qué feliz soy a tu lado. Ojalá te hiciera tan feliz como tú a mí.

—¿Ya no estás asustada?

—Aborrezco a Walter —respondió ella.

Él no sabía muy bien qué contestar, de modo que la besó y notó su rostro sumamente suave en contacto con el suyo. A continuación le cogió la muñeca, en la que llevaba un pequeño reloj de oro, y consultó la hora.

—¿Sabes lo que tengo que hacer ahora?

—¿Irte a toda prisa? —Kitty lo abrazó con fuerza al ver que asentía, pero de inmediato percibió su deseo de marcharse y lo soltó—. Es una vergüenza que descuides el trabajo de esta manera. Vete de una vez —añadió.

Él nunca desaprovechaba la oportunidad de coquetear.

—Vaya, qué ganas tienes de librarte de mí —bromeó.

—Ya sabes cuánto odio tener que despedirme de ti —repuso Kitty. Fue una réplica grave, honda y seria, y él se rio, halagado.

—No le des más vueltas en esa preciosa cabecita tuya a lo de la misteriosa visita —dijo—. Seguro que ha sido el ama. Y si surge algún problema, te garantizo que te sacaré de él.

—¿Tienes mucha experiencia en eso? —preguntó ella.

Townsend sonrió con aire divertido, muy pagado de sí mismo.

—No —respondió—, pero me precio de tener la cabeza en su sitio.

## Capítulo 3

Kitty salió a la galería y lo observó alejarse de la casa. Él se volvió para despedirse con la mano, y ella se estremeció; a sus cuarenta y un años, Townsend aún conservaba la figura esbelta y el paso elástico de un muchacho.

Kitty, dejándose llevar por la pereza y con el corazón apaciguado por efecto del amor satisfecho, permaneció un rato en la galería, a la sombra. Su casa estaba en el valle de Happey, en la ladera de la colina, porque la Cima, una zona más deseable para vivir, era demasiado cara para ellos. Su mirada distraída apenas se fijó en el mar azul y en el ajetreo del puerto. Kitty no pensaba más que en su amante.

Claro que aquella tarde habían cometido una auténtica estupidez, pero ¿cómo iba ella a ser prudente cuando él la deseaba? La había visitado dos o tres veces después del almuerzo, a esa hora tan calurosa del día en que a nadie se le pasaba por la cabeza poner un pie en la calle, de modo que ni siquiera los criados lo habían visto llegar y marcharse. Mantener una relación como la suya con Townsend resultaba muy difícil en Hong Kong. Ella detestaba la ciudad china y la ponía nerviosa entrar en la asquerosa casucha cercana a Victoria Road en la que solían citarse. Era una tienda de curiosidades, y los chinos que estaban por allí

sentados lanzaban a Kitty miradas muy poco agradables; ella aborrecía la sonrisa afectada del viejo que la guiaba hasta el fondo del local y luego por un oscuro tramo de escaleras. La habitación a la que llegaba estaba desarreglada, y la amplia cama de madera arrimada a la pared le producía escalofríos.

—Qué sórdido es todo esto, ¿verdad? —le comentó a Charlie la primera vez que se vieron allí.

—Lo era hasta que has llegado tú.

Naturalmente, en cuanto él la estrechaba entre sus brazos, a ella se le olvidaba todo.

¡Ay, qué odioso le resultaba no ser libre, que ninguno de los dos lo fuese! No le caía bien la esposa de él. El pensamiento de Kitty se detuvo por un instante en Dorothy Townsend. ¡Qué desgracia llamarse Dorothy! Sonaba tan anticuado... La mujer contaba por lo menos treinta y ocho años. Pero Charlie nunca hablaba de ella. Estaba claro que no le profesaba un gran afecto y que se había aburrido mortalmente de ella, pero era un caballero. Kitty esbozó una sonrisa tan irónica como cariñosa: qué típico de un tontorrón como él; le era infiel a Dorothy, pero no habría permitido que Kitty pronunciase una sola palabra de menosprecio hacia ella. Era una mujer más bien alta —más alta que Kitty, en cualquier caso—, ni robusta ni delgada, con una abundante cabellera de color castaño pálido; seguramente jamás había estado dotada de otra belleza que la que otorga la juventud; sus rasgos eran armoniosos, aunque en ningún modo destacables, y sus ojos azules destilaban frialdad. Tenía una piel que no llamaba la atención en absoluto y unas mejillas desprovistas de color, e iba vestida como..., bueno, como lo que era, la esposa del vicesecretario colonial en Hong Kong. Kitty sonrió y se encogió levísimamente de hombros.

Por supuesto, era innegable que Dorothy Townsend poseía una voz grata al oído. Además, no había una madre mejor, según Charlie, y era lo que la madre de Kitty llamaba

«una señora de buena familia». Pero a Kitty no le caía bien. Le desagradaban sus modales desenvueltos, y la amabilidad con que trataba a quienes iban a su casa, ya fuera a tomar el té o a comer, resultaba exasperante porque no conseguía disimular el poco interés que despertaban en ella sus invitados. En el fondo, suponía Kitty, lo único que le importaba eran sus hijos: dos chicos que cursaban estudios en Inglaterra y otro, de seis años, al que ella pensaba llevar a casa al año siguiente. Su rostro era una máscara. Sonreía y, a su manera agradable y cortés, decía lo que se esperaba de ella, pero a pesar de su cordialidad guardaba las distancias con su interlocutor, cosa que no le había impedido hacer en la colonia unos cuantos amigos íntimos que eran al mismo tiempo fervientes admiradores. Kitty se preguntó si la señora Townsend la consideraría un tanto vulgar y se sonrojó. Después de todo, no había razón para que Dorothy se diese aires. Era cierto que su padre había ocupado el cargo de gobernador colonial y, naturalmente, fue estupendo mientras duró —todo el mundo se ponía en pie cuando ella entraba en una estancia, y cuando pasaba en el coche los hombres la saludaban quitándose el sombrero—, pero ¿qué había más insignificante que un gobernador colonial jubilado? El padre de Dorothy Townsend vivía de una pensión en una casita en Earl's Court. A la madre de Kitty le habría parecido de lo más latoso tener que visitarla. En cuanto a su padre, Bernard Garstin, era un abogado de prestigio, y todo indicaba que, más temprano que tarde, lo nombrarían juez. Sea como fuere, residían en South Kensington.

## Capítulo 4

Cuando llegó a Hong Kong después de su boda, a Kitty le había costado resignarse al hecho de que su posición social estaba determinada por la profesión de su marido. Naturalmente, todo el mundo se había mostrado muy amable con ellos, y durante dos o tres meses habían asistido a fiestas casi todas las noches. Cuando cenaron en el palacio del gobernador, éste la trató como a una dama, pero ella no tardó en percatarse de que, como esposa del bacteriólogo del gobierno, no merecía mayor consideración, cosa que la indignaba.

—Es absurdo —le dijo a su marido—. A la mayoría de estas personas apenas le dedicarías más de cuatro o cinco minutos en nuestro país. Mi madre no invitaría a ninguno de ellos a comer a casa ni en sueños.

—No le des más vueltas —respondió él—. A fin de cuentas, no importa.

—Claro que no importa, sólo demuestra lo estúpidos que son; pero es curioso que, con toda la gente que solía visitarnos cuando estábamos en casa, aquí nos traten como a escoria.

—Para la alta sociedad, los científicos no existen —apuntó él con una sonrisa.

Kitty lo sabía ahora, pero cuando se casó con él no lo sospechaba siquiera.

—Lo cierto es que no me hace precisamente mucha ilusión que me invite a comer el representante de la compañía naviera —comentó entre risas para no sonar presuntuosa.

Él debió intuir el reproche tras su actitud despreocupada, porque la tomó de la mano y se la apretó con timidez.

—Lo lamento muchísimo, querida Kitty, pero no permitas que te afecte demasiado.

—Oh, claro que no.

## Capítulo 5

Era imposible que fuese Walter quien había intentado entrar en el dormitorio aquella tarde. Seguramente había sido uno de los criados, y al fin y al cabo lo que ellos hicieran resultaba indiferente. Los criados chinos siempre estaban al corriente de todo, pero se mordían la lengua.

El corazón se le aceleraba un poco cuando le venía a la mente la imagen del pomo de porcelana blanca girando lentamente. No debían volver a correr riesgos así. Más valía ir a la tienda de curiosidades. Nadie que la viera entrar le concedería mayor importancia, y allí estaban completamente a salvo. El propietario de la tienda conocía a Charlie y no era tan necio como para jugarle una mala pasada al vicesecretario colonial. En realidad, si Charlie la quería, ¿qué más daba todo lo demás?

Abandonó la galería y entró en su salita, se dejó caer en el sofá y, cuando tendía la mano para coger un cigarrillo, advirtió que encima de un libro había una nota. La abrió. Estaba escrita con lápiz.

*Querida Kitty,  
Aquí tienes el libro que querías. Me disponía a enviártelo cuando me he tropezado con el doctor Fane, quien se ha*